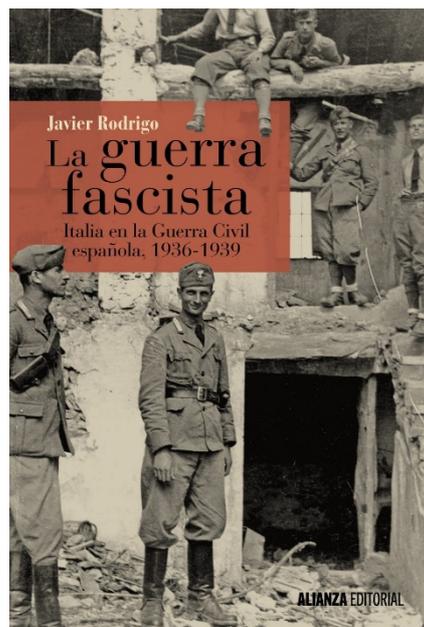


Javier RODRIGO: *La guerra fascista. Italia en la Guerra Civil española, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 2016, 367 pp. ISBN: 978-84-9104-288-4.

Antonio Miguez Macho  
*Universidade de Santiago de Compostela*

### Maldito duende. La guerra fascista, por Javier Rodrigo

Javier Rodrigo es una estrella del rock. Del *rock and roll* historiográfico, se entiende. Pero no es uno de esos dinosaurios que nos tienen acostumbrados a nutritivos ejercicios de nostalgia o sabrosos refritos, no. Ni tampoco un triunfiteo de primera, segunda o quincuagésima tercera generación. Es una estrella porque lleva ya mucho tiempo destacando en este particular *show business* del mundillo académico y, ahora, nos ofrece nuevo material: original, inédito, fresquito... No viene enlatado con formato de descargas tipo *iTunes* que son los cada vez *más* frecuentes artículos de impacto, donde es cada vez *menos* frecuente encontrar ideas, pues no queda sitio para estas (ni parece importante a juicio de los revisores y editores, por cierto). Lo que prima hoy y es ya *trending topic* viene a ser llenar páginas con abundantes notas al pie que a su vez fortalecen a publicaciones y autores que participen *google scholar* mediante -¡menudo negocio!-. Javier Rodrigo presenta aquí una obra a la antigua, lo que cada vez parece más moderno en tiempos de posverdad, y por eso acepté encantado el ofrecimiento de reseñarla. Tengo algo con lo que disfrutar, con lo que disentir también, pero sobre todo tengo algo real entre manos. No es poco.



Hay que escuchar de principio a fin lo que el autor nos tiene que contar para entender que la obra sostiene un concepto y que todo lo que suena en sus trescientas y pico páginas está supeditado a lograr una suerte de coherencia sonora con ese concepto. Al modo de los discos conceptuales tan en boga en la década de 1970, el título *-la guerra fascista-* advierte ya en lo que se estaba pensando cuando se compusieron cada uno de los temas que alberga. Por ese motivo, Ferrán Gallego que es un fino oyente asegura en el prólogo, acertadamente a mi juicio, que el libro no es apenas una historia de la intervención italiana en la Guerra Civil española, sino un ensayo sobre la experiencia fascista como totalidad. Y debido a ello, también, se analiza el fenómeno histórico de la participación de Italia en la Guerra Civil española como un todo más allá de los episodios concretos—Mallorca, Málaga, Guadalajara, Santoña...—.

Con estos mimbres, el producto final es deudor casi tanto de las fuentes que emplea como del concepto al que sirve. Me explico. Se maneja en estas páginas con inteligencia y prudencia un excepcional fondo documental en el que destacan las colecciones de Asuntos Exteriores (español e italiano), así como el Archivo del Estado Mayor del ejército italiano. Se transita así por caminos ya explorados en algunos casos a los que se les concede, mediante las pre-

guntas certeras, una nueva y sorprendente vida, y por otra, se transita por documentación virgen a la que se le aporta el beneficio de la duda. He aquí la inteligencia del autor. Por lo que respecta a la prudencia, se estima como aún válida la función arbitral en que deviene el historiador cuando intenta hacer sonar bien al conjunto extremadamente dispar de las emociones, motivaciones y experiencias individuales. Todo esto en tiempos de cierta devoción cuasi mística por el relato de los protagonistas, el testigo, la víctima.

En esto último subyace un cierto ajuste de cuentas con diversos modos de hacer historia que no convencen al autor, y por encima de todo, con el debate bien conocido de la naturaleza fascista del franquismo que se asocia con la desvalorización del hecho histórico de la participación italiana en la guerra. Son ecos sonoros en el plano local de un debate mucho más global sobre la naturaleza misma del fascismo. Javier Rodrigo mantiene una posición bien conocida a ese respecto y por ello habla desde la seguridad de quien se conoce todos los acordes y toca bien todos los instrumentos. El propósito esencial de la obra de asegurar la trascendencia de la intervención italiana en España queda suficientemente argumentado, alto y claro. Pero para frustración de quien pretenda ver —como este quien estas líneas escribe— cerrada con siete llaves en un cofre depositado en los más profundo de los abismos oceánicos la cuestión de la naturaleza fascista, cuando más ambigua e incluso contradictoria (¿intencionadamente?) se vuelve la obra es ahí donde mira por el retrovisor de aquella vieja cuestión.

Veamos en qué sentido. La obra contiene pasajes extraordinarios por su claridad y evocación narrativa. Lo son, a mi juicio, los dedicados a explicar con sumo detalle el grado de conocimiento de las autoridades italianas de los preparativos de conspiración que desemboca en el Golpe de Estado de julio de 1936. Dicho de otra manera, Mussolini y sus muchachos estaban al loro de lo que se estaba cocinando en España. Creo que se demuestra con total transparencia que los agentes y autoridades italianas tenían un conocimiento tan preciso de lo que estaba pasando como el de los españoles que por entonces conspiraban, pero añadiría yo, tan precisamente equivocado. La imagen que les sirven a los italianos en bandeja sus fuentes de información españolas presenta una realidad completamente deformada por las posiciones extremas en el panorama político, social y militar de aquellos sectores que se sublevaron contra la República. Tanto es así, que se habla en cierto momento de Calvo Sotelo como jefe de la oposición tras las elecciones de febrero de 1936, fantasía de quien con doce diputados de 473 difícilmente pasaba de telonero. O se asume como válido el proceso de fascistización de la derecha española en su conjunto tras esas mismas elecciones, algo que la propaganda franquista (y que su simbiótico relato antifranquista compra con gusto) se empeña en tocar con bombo y platillo precisamente porque nunca existió como tal.

No son asuntos menores, sin duda, porque esta visión deformada en buena medida podría explicar posteriormente la frustrante recepción del hecho fascista entendido desde la pureza de aquellos que lo promueven. Les pasa algo así como a Pablo entre los griegos, por mucho que la idea de fascistizar de los italianos como asegura el autor en un notable cambio de octava fuese influir y transformar, no implantar. Menos mal, piensa uno, porque qué hubiera pasado en caso de que hubiesen querido implantar, viendo cómo lucharon y bombardearon. Es por este tipo de cuestiones por los que no hay que dejar de atender a la obra hasta el final, porque más allá incluso de su propio concepto rotundo, es también la historia de una frustración.

Son una muestra elocuente de estos pasajes evocadores los dedicados a desmontar el tópico de la candidez italiana frente a la dimensión de la violencia de los sublevados. Gracias a esta obra será ya imposible sostener aquella monserga de que “hasta los fascistas italianos se escandalizaban de las dimensiones de la matanza”, pues no hay en la idea nada más que un recurso tópico para hacer malos muy malos a los franquistas. La violencia no es solo instrumental (ni instrumental solo) para los fascistas, eso asegura convincentemente el autor y explica la incompreensión que sienten por el hecho violento que se promueve asociado a los sublevados y no se detiene cuando devienen ya en franquistas. Vuelve a surgir aquí la sensación de unos sujetos descolocados en un escenario que no entienden completamente o del que le faltan datos relevantes para poder comprenderlo en su totalidad. Pero no tanto porque las identidades nacionales construyesen tópicos relevantes en la identificación y deformación de los antagonistas, sino porque las preferencias políticas y las ansias de poder se imponían sobre todo lo demás.

Una desorientación como la que sienten los soldados italianos en Guadalajara, en unas páginas donde creo que se narra de manera vibrante y memorable el que fuera considerado por mucho tiempo episodio central de la intervención en la guerra de la Italia fascista. Aquí logra realmente el autor que huelga a mierda y a sangre. Nada hay en estos hombres que combaten de la imagen de perfumados e indolentes hijos de su *manma* como tampoco, evidentemente, de estandartes de una nueva raza que asegurará la reinvencción del Imperio Romano bajo la égida del *Duce* en los alrededores de Brihuega. La *guerra celere* se estanca y literalmente la caga.

Son diversos los compases de la obra en que la caracterización de esta soldadesca se convierte en un imposible, porque como reconoce el autor, no dispone de las fuentes precisas para penetrar en el universo de las motivaciones individuales. Ni él ni nadie, diría yo, dado que, parafraseando el proverbio, quien escribe sobre las motivaciones, escribe sobre barro. Su perfil mismo, el de los soldados de a pie, suena también con notas discordantes. En la misma página se apunta lo que la propaganda republicana fabrica sobre ellos: cobardes, campesinos, escasamente inteligentes y desorientados, pero al tiempo se sostiene que en algunos momentos al menos, Guadalajara, se corresponde con lo que había. Y aun más, el autor asegura con contundencia que eran inequívocamente lo más contradictorio de todo lo que a mi juicio se puede ser en esta vida: eran fascistas (fascistas italianos para ser exactos).

¿Cómo podemos saber con seguridad que lo eran? Se apuntan una serie de razones, algunas de índole negativa: no eran antifascistas, eso seguro porque no hay testimonios de resistencias antifascistas entre las filas de los combatientes; pero también hacían honor a los valores del *arditismo*, tenían fe en el *Duce* y odiaban lo *sucio* que representaba la República, la democracia y la Revolución marxista. Eso nos dicen aquellos que los mandaban y también se puede extraer de algunas de las cartas de los mandados (naturalmente sometidas a censura). ¿Es suficiente esa base factual para realizar tal afirmación? El autor parece ser consciente de que no, porque introduce dos nuevos estribillos que buscan encandilarnos en torno al concepto de la obra. Uno, son fascistas porque «para todos ellos el combate y el sacrificio en España era el combate y el sacrificio por Italia, por la nación, identificada con un fascismo que era mucho más que mera facción política: que era Italia» (p. 325). Y para los que seguimos incrédulos con la correspondencia entre aquellos combatientes que tan bien describe en las pági-

nas centrales de la obra en su enorme diversidad individual y esa definición de acérrimos patriotas, dos: la guerra. Una guerra que hicieron en España siguiendo el ideal fascista y que sería para el fascismo «la herramienta fundamental de su máximo despliegue, el marco propicio para la fascistización de Europa» (p. 329) Entonces sí que nos lleva a un terreno más seguro, aquel que define la violencia como un elemento histórico y cambiante, y la violencia transformadora que hace suya el fascismo como una potencia revolucionaria de lo social. Y eso por encima incluso de lo pedestre y prosaico de sus ejecutores, que con frecuencia no se corresponden a la grandiosidad de tanta destrucción.

Decíamos que la obra se ha de apreciar en su conjunto y no solo porque se expliquen episodios sucesivos de la intervención italiana de una forma que antes no había sido contada: de Santoña a los bombardeos, cada uno con su propia intrahistoria y sus protagonistas. No solo tampoco porque sea una expresión elegante y bien construida de una nueva narrativa histórica sobre la violencia, la guerra y la experiencia de combate que reivindica el valor del narrador histórico tanto como el peso de las fuentes. Y no exclusivamente porque además sea una lección sobre la violencia y las aplicaciones que puede tener el uso de categorías analíticas relacionadas con este concepto en el proceso de interpretación histórica. Es difícil eludir la gran cuestión que gravita sobre algunas de las definiciones esenciales de la propuesta: qué significa finalmente fascismo. Noche, magia, arrepentimiento, fuerza, divagación... Ese duende que invita a soñar.